

Poco después de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María, dijo doña Ana, vé y dí á Cacabelos que vaya á la posada del alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de orden mia que se me presente al momento.

La jóven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos; con don Rodrigo hay que andar con cuidado; sería capaz de decir al rey que habia visto en mí una dama y no una monja, y esto no agradaría ciertamente al rey mi tío.

Y doña Ana y doña Luisa salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO VI.

De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos.

I.

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando jóven habia servido y sido alférez en Italia, llevando mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitán don Hugo de Moncada.

Invalído en Pavia, en donde á pesar de su delgadez que le hacia un blanco muy difícil, habia recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podia llamarse clase media de la servidumbre, esto es, ni tan alto como los gentiles hombres, ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solia decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solia honrarle alguna vez

el poderoso Carlos V cuando estaba de buen humor, habíase estirado tanto Cacabelos, que no había quien aguantase su prosopopeya, ni quien le hiciese servir para nada, según andaba ensoberbecido, grave y tieso.

Llevósele el emperador á San Jerónimo de Yuste, cuando llegando al colmo de su grandeza y de su política, se quitó de la cabeza la corona cuyos cuidados y empeños eran ya mucho peso para sus cansados años, y Cacabelos fué en Yuste lo que había sido en la corte; una figura inútil que para nada servía, como no fuese para irritar á todo el mundo con su soberbia.

Pero murióse el emperador á quien hacía mucha gracia aquel singular personaje, por lo que nuestro hombre hacía lo que quería, y eclipsóse el sol de la fortuna y de la vanagloria de Cacabelos.

Felipe II no gustaba de la gente soberbia, ó por mejor decir, no consentía otra soberbia que la suya, y Cacabelos se encontró sin amparo en la servidumbre de don Felipe, obligado á hacer lo que le mandaban para evitar que le pusiesen en la calle; y como su soberbia anterior había irritado á muchos, de tal manera usaron y aún abusaron de él, le tenían siempre tan presente para enviarle acá y allá, que al poco tiempo, Cacabelos, que en el fondo era un buen hombre, se domesticó, se hizo servicial, se transformó completamente, y llegó á ser más listo que Cardona.

Cacabelos era una liebre en lo ligero, y un lince en lo inteligente para desempeñar los encargos que se le cometían. Ya viejo, de la servidumbre del rey había pasado á

la servidumbre de doña Ana de Austria, y aunque no había perdido lo ligero y lo listo, había vuelto á recaer un tanto en su soberbia, porque doña Ana le quería mucho, y le daba, como suele decirse, alas.

Pero Cacabelos en cambio era todo en cuerpo y alma de doña Ana, y hubiera sido capaz de arrojarse al fuego por ella.

II.

A veces se determinan graves situaciones por una causa muy extraña y muy difícil de preveer.

El bueno de Cacabelos, sin saberlo y sin quererlo, fué culpable de la predisposición de espíritu rencorosa en que don Rodrigo de Santillana se puso respecto á doña Ana de Austria, y de la pugna que se estableció entre ésta y el formidable alcalde, por lo que vamos á relatar.

III.

Iba Cacabelos estirando sus largas piernas y cogiendo vara y media de cada paso, por desempeñar pronto el encargo de su señora, y en cinco minutos se plantó desde el convento en la casa que el alcalde tenía en la plaza, aunque la distancia de ésta al convento era larga.

Hacia, como hemos dicho, mucho calor, eran las tres de la tarde, y en el soportal de la casa que servía de posada á don Rodrigo, dormitaba á causa de la cálida temperatura un corchete de los de buena casta, que así

tenia cara de amigo, como suavidad un puerco espin.

Era este corchete de los que duermen con un ojo abierto, y aunque Cacabelos se entró ligerísimo por el zaguan haciendo caso omiso del corchete de guardia, éste, antes de que Cacabelos pasase de la segunda puerta, se desperezó y dijo con acento insolente:

—¡Eh, don fulano! ¿A dónde vais tan tieso, que no parece sino que toda la casa es vuestra? ¿No sabeis que aquí no se entra sin pedir licencia al alguacil Lamprea?

—Del lampreado que os voy á meter, si no hablais con más decoro, bergante, dijo Cacabelos volviéndose todo soberbia y bilis, y mirando de una manera que parecia que queria comérselo al corchete, os voy á convertir en fantasma, para que deis susto á la villa.

Púsose de pié con mucha calma Lamprea, sacó un cordel del bolsillo de los gregüescos, y se acercó irreverentemente á Cacabelos sin saber lo que se hacia, en ademan de ir á amarrar á Cacabelos para llevarle á la cárcel.

Protender describir lo que pasó por los ojos, por el semblante, por todo el sér, en fin, moral y fisico del alférez inválido Cacabelos al verse tratado de aquel modo por Lamprea, seria atreverse á mucho.

—¿Para mí sacais cordeles, ladron escapado de la horca, y así os venis hácia mí, que soy persona de casa real, y quitando esto, hombre capaz de almorzarme diez corchetes como vos, como si me tragara diez guindas?

Y haciendo atrás su pierna derecha, la dejó ir, y arrimó un tal puntapié en el vientre al corchete, que éste dió un grito como si le hubieran metido todas las



.... Y arrimó un tal puntapié.

stripas en prensa, y sin poderse valer, cayó cuan largo era de espaldas, y empezó á dar las voces más desafortunadas del mundo, apellidando favor al rey y á la justicia, y de tal manera, que don Rodrigo de Santillana, que estaba trabajando con un escribano en una sala baja, ocupado con su feroz actividad de costumbre en el proceso del alboroto de aquella mañana, no pudo menos de salir al patio, y del patio al zaguan, porque tal vuelta de puntapiés estaba dando el irritado Cacabelos al vencido corchete Lamprea, que éste ponía el grito en el cielo pidiendo socorro contra el asesino.

La ronda de Santillana estaba fuera haciendo prisiones á diestro y á siniestro en el pueblo, y no habia en la casa del alcalde más gente que él, el escribano de cámara Ruy Dávalos, y dos viejas criadas que servian al alcalde.

Don Rodrigo de Santillana cegó y no vió, al presentarse á sus ojos el descomunal atropello de que Cacabelos, fuera de sí, hacia víctima al aporreado Lamprea.

Don Rodrigo, aunque ya de sesenta años, era un hombre de pelo en pecho, y tan propenso á romper á palos su vara de justicia, como á firmar una sentencia de horca.

Ver aquello, entrar rápidamente en la sala que habia abandonado, coger de un rincon su espada, salir con ella desnuda al zaguan, é irse de punta sobre Cacabelos, fué obra de algunos minutos.

Pero Cacabelos, que como ya hemos dicho, era listo como una ardilla, y valiente como quien habia servido tantos años al emperador en la brava compañía de Mon-

cada, dió un salto de costado, que hizo que el alcalde diese la estocada al aire, saltó de nuevo atrás porque el alcalde se le venia encima, se puso á la parte afuera de la puerta exterior, y dijo verdinegro de cólera.

—Mire vuesa señoría lo que hace, que yo soy hidalgo y alferez de los buenos de los tercios viejos de Italia, y sirvo á la señora doña Ana de Austria, y gozo fuero de casa real, y no he de dejar que me toquen al pelo, ni vuesa señoría ni todos los alcaldes de casa y córte del mundo.

Cacabelos no sabia lo que hacia ni lo que se decia, herido en lo más vivo de su soberbia.

El alcalde estuvo cinco minutos sin poder hablar de cólera, y temblándole la espada en la mano frente á frente del larguísimo Cacabelos, que le miraba soberbio y dispuesto á todo como un gallo inglés peleador.

El escribano Ruy Dávalos miraba aquello desde la segunda puerta profundamente escandalizado, y Lamprea se levantaba como podía con las manos puestas en el estómago, lanzando cada quejido, y de tal manera lastimosos, que hubieran podido ablandar á una piedra.

—¡Os he de ahorcar, y os he de descuartizar, y os he de poner por los caminos, bellaco infame y osado, que sois, dijo el alcalde, que con la lengua no bien suelta aún, y más que seais criado del Papa y tengais fuero del cielo, que no de casa real! ¡Ea, dáos preso ú os mato!

—Me ha asesinado, señor, dijo con voz quejumbrosa y dolorida Lamprea.

—Callad vos, é idos enhoramala á acostar, y reven-

tad ó no, que á mí se me da tres arditos de lo que os suceda, dijo el alcalde que no conocia á nadie.

Lamprea se entró para dentro encogido, y el alcalde de casa y córte se salió para fuera espada en mano á prender á Cacabelos, que viéndose encima al alcalde, tiró por fuero propio de su espada, sin meterse á considerar lo que podria sobrevenirle ó no.

En aquel momento, un ginete, que sin duda venia á casa del alcalde, puesto que paró su caballo delante de ella, se puso de la manera más oportuna del mundo entre Cacabelos y don Rodrigo.

IV.

Era el ginete un hombre hermoso y de aspecto noble y bravo, como de cuarenta y cinco años, blanco, pálido, con grandes, poderosos y expresivos ojos negros, y con traje rico de camino á la usanza veneciana.

Llevaba una sombrilla para guardarse del sol, y tras él venian cuatro criados armados con espadas y lanzas á la gineta como se acostumbra en aquellos tiempos, en que á pesar de la Santa Hermandad abundaban los malhechores en los caminos, y era por ello necesario viajar con escolta.

Aquel hombre que parecia tan caballero y tan rico, y visiblemente extranjero por su tipo y por su traje, era un antiguo amigo nuestro.

En una palabra, Yhayeben-Shariar.

—¿Qué es esto? dijo con voz tranquila y afable: espadas en las manos y cólera en los ojos; un viejo soldado,

á lo que veo, y un viejo caballero puestos frente á frente; dóime el parabien de haberme puesto tan á tiempo entre vosotros, señores.

—Mejor hiciérais, dijo don Rodrigo, en ayudar á un alcalde á prender un malhechor; que aunque por vuestro acento me parecis extranjero, todo hombre honrado tiene la obligacion de ayudar á la justicia donde quiera que se halle.

—¡Ah! ¡Vos sois el alcalde don Rodrigo de Santillana! dijo Aben-Shariar con acento frio y acerado, contestando á las palabras del alcalde, descortesés por el acento con que las habia pronunciado. ¿Y vos quién sois, añadió Aben-Shariar sin esperar la respuesta del alcalde, volviéndose al alférez inválido.

—No tengo por qué callar mi nombre, contestó el preguntado, que no se apeaba de su soberbia, y cuya cólera no amenguaba; yo soy Gaspar de Cacabelos, antiguo alférez de don Hugo de Moncada en los tercios de Italia; criado despues del señor rey don Felipe, á quien Dios guarde; criado ahora de la excelentísima señora doña Ana de Austria, á quien Dios prospere; hidalgo de los buenos, que tiene su solar antiguo en Astúrias en la villa de Cacabelos, hombre de bien y de honra, que no se dejará insultar ni maltratar por ningun golilla, venga lo que viniere y suceda lo que quiera, que no sucederá, porque ahí está doña Ana de Austria, que es muy capaz y muy poderosa de apretar las agujetas al mismísimo presidente de la Chancillería de Valladolid si á mano viene.

—Mire la señora doña Ana de Austria no le apriete

los cordones del justillo hasta que dé gritos, don Rodrigo de Santillana, que ella, la buena señora, si bien se mira, tiene en gran parte la culpa de los desacatos, de las licencias y aún de los delitos de la gente de la villa.

Y don Rodrigo, olvidado de todo en su cólera, pronunció estas palabras de una manera altamente ofensiva á doña Ana de Austria.

Aben-Shariar no dijo una palabra, y permaneció impassible, porque acaso le importaba mucho ver en lo que aquello paraba.

—Quien os va á dar de cuchilladas por lenguaraz, descomedido é insolente en ofensa de una persona real, de una religiosa, de una dama, que es no ménos que sobrina del rey nuestro señor é hija del ilustrísimo don Juan de Austria, soy yo: y Cacabelos fué á dar la vuelta al caballo de Aben-Shariar para ir sobre el alcalde.

—¡Eh! ¡Estáos quietos, cien rayos y cien legiones, alférez! exclamó Aben-Shariar, que comprendió que era necesaria su intervencion; y vos, señor don Rodrigo, dad muestra de la prudencia que requieren vuestra nobleza, vuestro oficio y vuestras canas, ó de lo contrario, con esos cuatro criados míos os prendo á los dos, y doy parte al rey, de que vos, don Rodrigo, habeis inferido descortés y deslealmente una grave ofensa á una señora de la familia real, y de que vos, alférez, os habeis atrevido al rey, faltando escandalosamente y de una manera gravísima al respeto que debeis, como todo ciudadano, á un ministro de justicia.

—Aquí no hay ciudadanos, sino vasallos, dijo el alcalde, agarrándose á un pelo.

—Sea como vos querais, que esto importa muy poco, dijo Aben-Shariar; yo hablo como se habla en mi tierra, donde como no hay rey, no hay vasallos; en una palabra, y como habreis recibido hace dias una carta en que se os anunciaba mi venida para un asunto importante, sabed que yo soy patricio genovés y me llamo Pietro Mastta.

—¡Ah! ¿Vos sois?...

—Sí, dijo Aben-Shariar, desmontando y entregando su caballo á un criado que desmontó al mismo tiempo; por lo mismo que yo soy el que soy, y que puedo lo que valgo, considerad si os interesa el hacer buen caso de mis palabras: envainad, pues, ambos vuestras espadas, y entremos.

Con gran asombro del escribano que estaba en el zaguan, y que siempre habia visto irascible é inexpugnable, por decirlo así, á don Rodrigo, este se puso la espada bajo del brazo, porque no podia envainarla, á causa de que se habia dejado dentro la vaina, y se metió en la casa, ostensiblemente contrariado y pensativo.

Cacabelos, á quien el sesgo que habia tomado el negocio por la intervencion del extranjero habia puesto curioso y admirado, envainó su espada y se fué tras Aben-Shariar, que habia entrado en la casa detrás del alcalde.

Metiéronse así uno tras otro, incluso el escribano, en la sala donde poco antes trabajaba don Rodrigo, harto ageno de todo aquello, y deteniéndose el alcalde junto á la gran mesa, de despacho, puso su espada desnuda sobre los papeles y permaneció de pié sombrío y taciturno,

mirando á Aben-Shariar de una manera tal que se comprendia que le tenia miedo.

V.

—Tomad y leed, dijo Aben-Shariar dando un pliego cerrado al alcalde, que este abrió, y al leer el cual se puso densamente pálido.

—De esto hablaremos despues, dijo don Rodrigo poniendo el pliego que habia leído sobre la mesa, y sobre el pliego la empuñadura de su espada.

—¿Cuál ha sido la causa de lo que he presenciado? dijo severamente Aben-Shariar, convirtiéndose en más alcalde que don Rodrigo de Santillana, con grande admiracion del escribano Ruy Dávalos, que llegó á creer que soñaba, al ver por la primera vez tan manso á don Rodrigo.

Cacabelos, á quien habia dirigido su pregunta Aben-Shariar, contestó con un acento altivo y campanudo:

—He entrado en la casa de este alcalde á traerle un mandato de su excelencia mi señora doña Ana de Austria, y el alguacil que estaba de guardia me ha faltado al respeto preguntándome con palabras descorteses, villanas é insolentes á dónde iba: yo le he contestado como debia, y él, creciendo en audacia y desvergüenza, ha sacado un cordel para atarme; porque todos los ministrillos que trae á Madrigal don Rodrigo de Santillana, están puestos tan sobre sí y tan sacados de cuello, que creen que todos y cada uno de por sí puede hacer lo que

hace este señor alcalde, que no es poco, ni es medianamente tolerable. Yo, haciendo lo que debía al verme tratado con tan poco respeto, dí de puntapiés al corchete; á los gritos de éste acudió don Rodrigo espada en mano, haciendo de este modo necesaria y legitima la defensa. Fuera más prudente y más comedido el alcalde, y averiguara la razon de porque vapuleaba yo á su corchete, y acabáramos, porque reconociendo la razon que tengo, enviara como debía á la cárcel al corchete, para que los otros por el escarmiento aprendieran á ser cortes y comedidos.

—Hablarais vos, estúpido, dijo don Rodrigo, y yo os hiciera justicia; que nadie puede dudar de la rectitud de don Rodrigo de Santillana.

Al decir estas palabras, el alcalde vió fija en sus ojos una mirada tan profunda y tan severa de Aben-Shariar, que sin ser poderoso á otra cosa, bajó los ojos completamente dominado.

—Cuando á mí me hablan espada en mano, y me amenazan con la horca sin oirme, dijo Cacabelos, no soy mio, ni sé, ni puedo hacer otra cosa que echar mano á mi espada y ponerme frente á frente de quien me ofende.

—Basta ya, idos, dijo el alcalde; señor Ruy Dávalos, llevad ahora mismo á la cárcel al alguacil Lamprea.

El escribano salió.

Cacabelos permaneció tieso é inmóvil.

—¡Vive Dios! dijo don Rodrigo; ¿qué haceis que no os vais? ¿O quereis que me arrepienta de dejaros ir libre?

—Aún no os he dicho lo que he venido á deciros, y necesito cumplir con mi obligacion, dijo Cacabelos.

—Pues hablad pronto y marcháos, ó por Dios vivo que si se me acaba la poca paciencia que me queda, me echo sobre vos y os rajo.

—La señora doña Ana de Austria os manda que vayais al momento á su presencia, dijo enfáticamente Cacabelos.

—Decid á esa noble señora que iré en cuanto me sea posible á ponerme á sus piés; ahora, marcháos sin demora.

—Que os guarde Dios.

—Id en paz.

Cacabelos salió, saludando profundamente á Aben-Shariar y mirándole con curiosidad.

VI.

Quedaron solos Aben-Shariar y don Rodrigo.

—En Venecia, señor, dijo don Rodrigo de Santillana, un juez es más respetado.

—Los magistrados venecianos no cuestionan jamás con nadie, ni descienden á lo que solo compete á los oficiales secundarios de justicia. Allí se manda y no se disputa: allí el juez no habla con el criminal, más que para oirle y sentenciarle en justicia.

—Allí no teneis un rey que os pida imposibles: los venecianos respetan las leyes, y los españoles no respetan más que la fuerza.

—Empezando porque los que están obligados á obedecer son los primeros que desobedecen.